



DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

LECCION V.

COMPOSICION GEOLÓGICA. — CLIMA. — SALUBRIDAD. — HISTORIA NATURAL.

COMPOSICION GEOLÓGICA. — Es la Geología la ciencia que trata de la formacion, estructura y disposicion de los materiales que constituyen el planeta Tierra que habitamos, desde su capa ó corteza exterior hasta lo más profundo que nos es dado conocer.

Estos materiales son muchos y sus diferencias forman las descripciones geológicas de un país, que no pueden ser objeto de estas lecciones, aunque la Geología tenga relaciones muy estrechas con la Geografía, y más que nada con la ciencia agrícola ó la agricultura, y por consiguiente, con las producciones del suelo.

El de España presenta todos los grados de formacion conocidos; y de

aquí resulta una gran variedad de aspecto y no ménos de productos.

CLIMA. — El clima de España es sumamente vário, variedad que depende de la configuracion del terreno, de sus muchos accidentes, de su composicion, la forma y la mayor ó menor rapidez de sus corrientes de aguas dulces, la proximidad ó lejanía de las costas, lo lleno ó escarpado de éstas y la exposicion á las diferentes brisas marítimas.

Seis grados de diferencia en latitud hay, como hemos visto, entre las provincias del Norte y las del Sur. Esto ya constituye necesariamente notable diferencia de temperatura entre éstas, aquéllas y las intermedias; pero aún más que la lati-

tud influyen en la temperatura las alturas y depresiones del terreno y la exposicion á ciertos vientos.

Así es que se observan con mucha frecuencia en España grandísimas diferencias en un mismo territorio y cambios bruscos en una misma latitud. Sea cual fuere ésta, donde quiera que hay valles profundos y cerrados á los vientos, la temperatura es dulce, baja en las montañas, algunas de las cuales, áun en el Sur, están cubiertas de nieve perpétuamente.

La regla más general en este país es que las provincias del Norte y del Oeste son más bien húmedas que frias; que en las del centro se experimenta demasiado el rigor de las estaciones, porque es el terreno escueto y elevado, y que las más templadas son las del Mediodía y las del Este, en algunos de cuyos territorios el calor es fuerte y escasas las lluvias.

La abundancia de bosque y arbolados es una cosa excelente para conservar la temperatura en un grado que evite los excesos del frio y del calor: atraen además las lluvias, refrigerando la atmósfera y haciendo el suelo más productivo.

SALUBRIDAD.—La salud pública depende mucho del clima, de las producciones, del género de vida, de las costumbres, y áun de las preocupaciones.

España no es generalmente un país malsano, y con una existencia tranquila y moral, evitando discretamente focos de infeccion y teniendo la limpieza como una de las primeras

virtudes sociales, se disfrutaria de excelente salud en todas sus comarcas. No hay ninguna en que no se observen casos de *longevidad*, ó sea de gran vejez, más comunes hácia el Sur y en localidades apartadas de los grandes rios, y más aún de las lagunas y lugares pantanosos.

HISTORIA NATURAL.—La Historia natural es la ciencia que describe las propiedades de todos los cuerpos que hay en la tierra, tanto en su superficie como en su interior. Constituyen esta ciencia tres partes á que se da el nombre de *reinos*, y son: el mineral, *Mineralogía*; el vegetal, *Botánica*, y el animal, *Zoología*.

Reino mineral. España posee en toda la extension de su territorio, y ha poseido siempre, grandes criaderos de minerales que la hicieron rica y famosa en várias épocas de su historia. De las minas que se explotaron en otras épocas hay grandes vestigios esparcidos por montes, barrancos y laderas, y numerosos escombros que han sido objeto de explotacion en nuestros dias.

Los minerales más comunes en España son los de plomo, hierro, plata, zinc, antimonio, azufre, estaño y cobre, sin que falten largas muestras de oro, platino y otros. En cuanto á piedras preciosas se conocieron en la antigüedad.

Además hay en la superficie y en los senos de la tierra cuantas sustancias más ó menos metalíferas, más ó menos terrosas, sirven para una porcion de industrias, como primera materia ó como auxiliares. Debe contar-

se, en primer lugar, el carbon de piedra, de que hay gran abundancia en el Noroeste, en las provincias de Levante y en las del Sur.

Reino vegetal. En España se aclimatan los frutos de casi todos los países del globo, desde el líquen polar hasta los gigantescos árboles de los trópicos. La mayor parte de los bosques se encuentran en las provincias del Norte y del Noroeste y en algunas serranías de las demas; pero la vegetacion más galana se ostenta en las costas del Mediterráneo, exuberantes de riqueza vegetal, con poco trabajo. Hay parajes, sin embargo, de triste aspecto, por falta de arbolado, sobre todo en los llanos de ambas Castillas y en algunos territorios de Aragon.

Las aguas, que tanto contribuyen á la fertilidad, abundan; pero están en gran parte desaprovechadas por falta de canalizaciones. Las pluviales suelen escasear en algunos parajes, que se despueblan en años de sequía.

Los productos de la naturaleza vegetal más comunes en España son el trigo y toda clase de cereales, sobresaliendo en la produccion las Castillas y Andalucía, legumbres, aceite en extraordinaria abundancia, vinos, que no tienen rival en el mundo, gran variedad de exquisitas frutas, seda, algodón, caña dulce, lino, cáñamo, esparto, barrilla, cochinilla, madera y leña, azafran, y otros infinitos de prolija enumeracion. El arroz es excelente y se cultiva con especialidad en Valencia, aunque no es

muy conveniente la extension de este cultivo por causas de salud.

Plantas medicinales las hay de muchas especies.

Hay en el país muchos eriales y tierras baldías, por no haber establecido un sistema colonizador y agrícola conveniente. Hay, como se ha dicho, escasez de selvas y un afan perjudicial de talas.

Reino animal. Se encuentran en España gran cantidad de especies de animales, los que son apropiados para las faenas de la agricultura y del tráfico, para regalo del hombre y adorno de los campos y bosques.

Sobresale el caballo de silla por su ardor y belleza, que le ha dado un nombre famoso en la historia; el andaluz es el de más celebridad: son excelentes y fuertes las mulas; el ganado asnal era notable en ciertas regiones; pero hoy decae, muerta la industria arriera desde el establecimiento de ferro-carriles; el ganado vacuno es muy bueno, sobresaliendo por la bondad de su carne el de Asturias y Galicia y por su tamaño los bueyes de Murcia: la bravura y el coraje de los toros de España no tienen iguales: abunda mucho el ganado de cerda, sobresaliente en Extremadura: hay tambien bastante del cabrío; pero nuestro país siempre fué notable por sus rebaños de carneros, cuyas lanas se aprecian sobre todas, especialmente las de los merinos.

En muchos montes viven fieros jabalíes, ciervos, corzos y gamuzas, sin que falten aún en las montañas de Leon y Asturias osos pardos, y

lobos y zorras en muchas comarcas.

Son muchas las aves de corral y hay abundancia de caza menor de pluma y pelo, como perdices, codornices, palomas, tórtolas, conejos, liebres y gran cantidad de pájaros de variado plumaje, aves de paso y palmípedos ó pájaros que se crían en las inmediaciones de las aguas.

De reptiles peligrosos sólo se encuentra la víbora, aunque hay insectos

cuyas mordeduras son dolorosas, como el alacran, el ciempiés y la tarántula.

En la lección próxima nos ocuparemos del *hombre*, que si bien cierra la escala zoológica como ser orgánico, merece capítulo aparte por las especiales calidades que Dios le asignó al colocarle sobre la tierra, dominando el resto de la Creación.

M. M. CABALLERO DE RODAS.

LA VENIDA DEL DIA.

La noche todavía
Lóbrega el mundo envuelve,
Y sólo alguna estrella
Luce con rayo ténue.
Mas llega ya la hora,
Y el día que amanece
Por ver este hemisferio
Á más andar se viene.
Sobre el confin lejano
Del apartado Oriente,
Vago claror confuso
Pálida zona extiende.
Del alba que despunta,
La tibia luz alegre
Marca del horizonte
Las líneas diferentes.
Baña despues el cielo,
Que anima y esclarece,
Y su lucero, al verla,
Como vencido, muere.
Más clara por instantes,
Las nubecillas leves
Con orlas festonea,
Que plata ser parecen.

Ya salen de la sombra
Las cumbres eminentes,
Las torres atrevidas,
Las enramadas verdes,
Los blancos caseríos,
Los ocultos verjeles,
Y hasta las hondas simas
La claridad descende;
Mientras que por los aires
Aquella luz riente
La aurora á toda priesa
Aviva y enrojece;
De modo que sus rayos
Hasta el cenit ascienden,
Sutil, dorado velo,
Tendido por el éter.
Y el foco de que parten
Incendio es ya que hierve,
Cuyas purpúreas llamas
Alcanzan á Occidente;
Volcan esplendoroso,
Más inflamado siempre,
Que cielo, mar y tierra
Cual vasta hoguera prende;

Hasta que desparciendo
Del disco refulgente
Llamas de grana y oro
Que por doquiera vierte,

Vivísimas centellas
Que ardiendo resplandecen
Y los mortales ojos
Ya resistir no pueden;



Vida del universo
Y asombro de la mente,
Coronando aquel cráter,
El astro rey magnífico aparece.

Así, tras noche de paganas sombras,
Brilló sobre el mortal fulgor celeste;
Y al fin la redencion, cual sol divino,
Vertió en la humanidad su luz ardiente.

ANTONIO ARNAO.



EL PRÍNCIPE DE LA CRESTA.

Una vez una reina dió á luz un hijo tan feo y mal conformado, que por mucho tiempo dudóse si tenía forma humana. Una hada que habia presenciado el nacimiento del príncipe aseguró que tendria muchísimo talento, y añadió que en virtud del dón que acababa de otorgarle podría conceder tanto ingenio como quisiera á la persona que llegára á amar con predilección.

Todo esto consoló un poco á la pobre reina, que estaba muy afligida de haber dado á luz un niño tan repugnante.

Olvidaba decir que habia venido al mundo con un pequeño mechón de cabellos, semejante á la cresta de un pavo, que dió margen á que le denomináran el *Príncipe de la Cresta*.

Al cabo de siete ú ocho años, la reina de un estado vecino dió á luz dos hijas.

La primera que vió la luz era más hermosa que el dia: la alegría de la reina fué tal que se temió, con fundamento, que el exceso perjudicára á su salud.

La misma hada que habia asistido al nacimiento del pequeño Cresta se encontraba presente, y para moderar la alegría de la reina le declaró que la pequeña princesa careceria completamente de imaginación y que sería tan estúpida como hermosa.

Esto mortificó altamente á la rei-

na; pero mucho mayor fué su aflicción, cuando un momento despues se encontró madre de otra segunda hija, fea en extremo.

—No os aflijais tanto, señora, dijo la hada: vuestra hija no quedará sin recompensa, y su talento será tal, que nadie notará su falta de belleza.

—Dios lo quiera, respondió la reina; pero ¿no habria medio de proporcionar un poco de talento á la mayor, que es tan hermosa?

—Nada puedo hacer por ella, señora, en ese sentido, dijo la hada á la reina; pero por lo que hace á la belleza lo puedo todo, y voy á darle como dón la facultad de transformar en hermosa á la persona que sea de su agrado.

A medida que estas dos princesas crecian, desarrollábanse sus perfecciones y no se hablaba de otra cosa que de la belleza de la mayor y el talento de la más jóven.

Es verdad que sus defectos aumentaron tambien con la edad. La menor era más fea cada dia, y la mayor se hacia más estúpida, ó bien no respondia á lo que la preguntaban ó decia una tontería.

Aun cuando la belleza sea una gran cualidad en una muchacha, la más jóven de las dos hermanas se hacia dueña de todas las voluntades por su ingenio y agradable conversacion.

En el primer momento todos se dirigian á la más bella para verla y admirarla; pero un momento despues la abandonaban y se acercaban á la otra hermana, á fin de oirla decir un millon de cosas agradables.

La mayor, á pesar de su gran estupidez, echaba de ver esto; y hubiera dado de buena gana toda su belleza por la mitad del talento de su hermana.

Un dia en que la princesa se hallaba retirada en un espeso bosque, doliéndose de su desgracia, vió venir hácia ella un hombre pequeñito, muy feo y muy desagradable, pero vestido magníficamente.

Era el jóven príncipe de la Cresta, el cual, habiéndose enamorado de la princesa á la vista de los retratos que de ella recorrian el mundo, habia abandonado el reino de su padre para tener el placer de verla y hablarla.

Encantado de encontrarla sola, se la acercó con todo el respeto y atencion imaginables. Despues de los cumplimientos de rigor, el príncipe reparó que la jóven parecia sumamente triste, y dijo:

—No comprendo, señora, cómo una persona tan bella como vos pueda estar tan triste, pues si bien he visto gran número de bellas, debo decir que jamas he encontrado una cuya hermosura pueda compararse á la vuestra.

—¿Lo creéis así, señor? respondió la princesa, que no pudo decir otra cosa.

—La belleza, respondió Cresta, es

una cualidad tan grande que por sí sola basta á suplir todo lo demas; y cuando uno la posee como vos, no veo qué cosa pueda afligiros de ese modo.

—Preferiria, dijo la princesa con su falta de tacto habitual, ser tan fea como vos y tener talento, que no guapa y al mismo tiempo tan tonta como soy.

—No hay nada, señora, que dé mayor prueba de ingenio que el creerse privado de ese dón, y uno de los efectos que el talento produce es imaginarse que cuanto más se tiene, más carece uno de él.

—Yo no lo sé, dijo la princesa; sólo comprendo perfectamente que soy una estúpida, y de ahí nace la pena que me mata.

—Señora, si no es más que eso lo que os aflige, yo puedo fácilmente poner término á vuestro dolor. Tengo el poder, señora, de conceder tanto ingenio como posea, á la persona que llegue á ser dueña de mi corazón; y como vos, señora, sois esta persona, de vos depende tan sólo el que seais dueña de tanto talento como pudierais desear, á condicion de que tengais á bien ser mi esposa.

La princesa se sobrecogió y no contestó nada.

—Veo, prosiguió Cresta, que esta proposicion os mortifica y no me sorprende; pero os doy un año entero para decidiros.

Tenía la princesa tan poco talento, y al propio tiempo unos deseos tan vehementes de poseer un poco, que se imaginó que este año no aca-

baria nunca; de modo que aceptó la proposición que le había sido hecha. No bien hubo prometido á Cresta que se desposaría con él de aquel día en un año, cuando se sintió enteramente transformada en su interior; encontró una facilidad extraordinaria para expresar todo lo que le parecía bien y para decirlo de una manera agradable, delicada y natural.

En el mismo instante comenzó una amena conversación sostenida con Cresta, en la cual brilló de tal modo, que el príncipe temió haberla dado más talento del que se había reservado para su uso particular.

Cuando la princesa regresó á palacio, la corte entera no sabía qué pensar de un cambio tan rápido y extraordinario; pues tanto como án-



El príncipe de la Cresta.

tes se la había oído decir impertinencias, se la oía ahora decir cosas razonables y sumamente ingeniosas.

Es imposible describir la alegría que se apoderó de toda la corte; sólo la hermana menor parecía descontenta.

El rey se dejaba guiar por los consejos de su hija mayor, y algunas veces llegó hasta el caso de reunir su consejo en la habitación de la hermosa y sabia princesa.

Habiéndose esparcido el rumor de

este cambio, todos los príncipes de los reinos vecinos procuraron hacerse amar de la jóven, y casi todos ellos la pidieron en casamiento; pero ella no encontraba ninguno que tuviera bastante talento, y daba oídos á todos sin comprometerse con ninguno.

Sin embargo, presentóse uno tan poderoso, tan rico, con tanto talento y tan buen mozo, que no pudo ménos de sentir alguna inclinación hácia él.

El rey, que llegó á advertirlo,

dijo que la hacía dueña de elegir el esposo que tuviera por conveniente.

Como es indudable que cuanto más talento se tiene, más difícil es tomar una resolución definitiva sobre este negocio, la princesa pidió, después de haber dado las gracias,

al rey su padre, que la dejara reflexionar por algún tiempo.

Dió la casualidad que la princesa acertó á pasear por el bosque donde había encontrado á Cresta, á fin de reflexionar más cómodamente sobre lo que debería hacer.



Cresta se presentó delante de ella..... (pág. 58).

Mientras que así se paseaba completamente abstraída, oyó un ruido sordo bajo sus piés como de muchas personas que van y vienen sumamente atareadas.

Habiendo prestado mayor atención, oyó que uno de ellos decía:—Traedme esa caldera;—el otro:—Echad más leña al fuego.

Al propio tiempo abrióse la tierra,

y la jóven vió á sus piés, como una gran cocina llena de cocineros, marmitones y toda clase de oficiales y ayudantes necesarios para hacer un festin magnífico. Salió una banda de veinte ó treinta individuos, los cuales fueron á acamparse en una calle del bosque en torno de una gran mesa, y los cuales se pusieron á trabajar en el arreglo de los man-

jares al són de una cancion armoniosa.

Asombrada la princesa de este espectáculo, les preguntó para quién trabajaban de aquel modo.

—Es, señora, respondió uno de los de la banda, para el príncipe de la Cresta, cuyos esponsales se verifican mañana.

La princesa, más sorprendida todavía con estas palabras y acordándose de pronto que hacia precisamente un año que prometiera dar su mano al príncipe Cresta, sufrió una terrible conmocion.

La causa de que no recordára este particular consistia en que cuando habia hecho la promesa era una estúpida, y al encontrarse en posesion del talento que el príncipe la dió habia olvidado igualmente todas sus tonterías.

Apénas la hermosa jóven hubo dado unos treinta pasos continuando su paseo, cuando Cresta se presentó delante de ella, arrogante, magnífico, en fin, como un príncipe que va á casarse.

—Aquí me teneis, señora, dispuesto á cumplir mi palabra, y no tengo la menor duda de que vos venis igualmente á cumplir la vuestra y á hacerme, dándome vuestra mano, el más venturoso de los mortales.

—Debo confesaros con franqueza, respondió la princesa, que todavía no he tomado una resolucion acerca de eso, y temo que jamas podré determinarme á tomarla de acuerdo con vuestros deseos.

—Me llenais de asombro, señora, dijo Cresta.

—Lo creo, dijo la princesa; y seguramente que si hubiera de dirigirme á un hombre ordinario y sin talento en estas circunstancias, me encontraria en un grande apuro. Una princesa no tiene más que una palabra, me diria, y es preciso que os caseis conmigo, puesto que así me lo habeis prometido; pero como aquel á quien me dirijo en este momento es el hombre de más talento que hay en el mundo, estoy segura de que atenderá mis razones. Sabeis que cuando no era más que una tonta no podia resolverme á daros mi mano; ¿cómo quereis que poseyendo el talento que me habeis dado, lo cual me hace todavía mucho más difícil en la eleccion de mis amigos, tome hoy una resolucion á la cual no he podido resolverme entónces?

Si tantos eran vuestros deseos de casaros conmigo, habeis hecho muy mal en despojarme de mi tontería y hacerme ver más claro de lo que entónces veia.

—Si un hombre ordinario y vulgar, respondió el príncipe, habia de ser bien recibido, como acabais de decir, al haceros presente vuestra falta de palabra, ¿cómo quereis, señora, que no use yo del mismo derecho cuando se trata de la felicidad de toda mi vida? ¿Es razonable que las personas de talento sean de peor condicion que las que no lo tienen? ¿Podeis vos pretender una cosa igual; vos, que tanto teneis y que tanto habeis deseado? Pero limitémonos al

hecho. Aparte de mi fealdad, ¿hay algo en mí que os desagrade? ¿Estais descontenta de mi nacimiento, de mi ingenio, de mi carácter ó de mis maneras?

—No ciertamente, respondió la princesa; todo cuanto acabais de enumerar me agrada en vos.

—Si es así, respondió el príncipe, voy á ser feliz, puesto que vos podeis hacerme el más agradable de todos los hombres.

¿Cómo puede hacerse eso? dijo la princesa.

—Puede hacerse, respondió, si vos me amais lo bastante para desear que así sea; y á fin, señora, de que no tengais la menor duda de ello, sabed que la misma hada que el dia de mi nacimiento me hizo el dón de poder convertir en espiritual la persona que fuera de mi agrado, os ha hecho el dón igualmente de poder convertir en hermoso aquel á quien ameis y querais dispensar ese favor.

—Si no consiste más que en mí, dijo la princesa, deseo con toda mi alma que os convirtais en el príncipe más hermoso y amable del mundo.

Apénas hubo pronunciado la princesa estas palabras, cuando el príncipe apareció á sus ojos como el hombre del mundo más hermoso, más bizarro y más amable que jamas hubiera visto hasta entónces.

Algunos aseguran que no fueron los encantos de la hada los que operaron la trasformacion, sino, por el contrario, que el amor tan sólo fué el que verificó la metamórfosis. Dicen que la princesa, habiendo re-

flexionado sobre la perseverancia de su amante, sobre su discrecion y sobre todas las buenas cualidades de su alma y de su corazon, dejó de ver en él la deformidad de su cuerpo y la fealdad de su rostro; que la joroba del príncipe le apareció tan sólo como la curva graciosa de un hombre un poco cargado de espaldas; y si bien es verdad que hasta entónces habíale visto cojear terriblemente, encontróle ahora nada más que cierto aire de una persona bien educada que saluda con elegancia. Dicen tambien que sus ojos, que eran bizcos, parecieronle más brillantes, y que lo atravesado de sus miradas apareció ante la imaginacion de la hermosa como la señal de una singular ternura; y por último, que en la gruesa y roja nariz de su prometido encontraba algo de marcial y de heroico.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la princesa prometió ser su esposa en el acto, siempre que obtuviera el consentimiento del rey, su padre.

El rey, que no ignoraba que su hija profesaba gran estimacion al príncipe, de cuyo talento tenía los mejores informes, le recibió con gran placer por yerno.

Al dia siguiente verificáronse las bodas, como el príncipe habia previsto, y segun las órdenes que largo tiempo hacia habia dado al efecto.

MORAL.

Una gran verdad sacamos,
Caro lector, de este cuento;
Siempre en el sér que adoramos
Hay hermosura, hay talento.

EL GRAN SECRETO.

Lo ménos hace seiscientos años que pasó la historia que voy á referir, y de cuya veracidad responde un antiguo manuscrito, que lleno de polvo y medio roído por los ratones, se encontró un erudito anticuario entre varios pergaminos que yacian olvidados en el más oscuro rincon del archivo de Simánkas. Yo no he visto el manuscrito, pero he visto una copia de él vertida al castellano, porque el original segun me informó la persona que lo habia encontrado, estaba en lengua árabe. Pero en fin, como esto interesará poco á la curiosidad de mis tiernos lectores, voy á lo principal del asunto, que es hacer una sucinta narracion de la maravillosa historia que el escritor árabe referia.

Cuenta el sabio musulman, pues tambien entre los musulmanes hubo en las pasadas edades hombres de mucha sabiduría, que en la antigua ciudad de Córdoba, capital y asiento de la poderosa y rica monarquía que gobernaron por espacio de algunos siglos los califas de Occidente, no ménos opulentos y temidos que los califas de Bagdad, hubo un varon tan afortunado, que no parecia sino que el cielo habia derramado sobre él los más codiciados dones. Llamábase Gerib, y era hijo de un árabe, tan caritativo, tan humano, tan generoso y tan justo, que era considerado

como el modelo de todas las virtudes, y tal era su nombradía y el universal aprecio que le conquistaron sus nobles cualidades, que no sólo sus conciudadanos le amaban entrañablemente, sino que hasta la misma reina de las hadas, que tenía imperio sobre todos los espíritus benéficos, le distinguió con su estimacion, y en prueba de la mucha que le merecia, le ofreció ser madrina del primer hijo que tuviera. Este hijo fué Gerib, y cumpliendo honradamente su promesa, porque las hadas eran muy puntuales en esto, la reina Zahir fué madrina del niño y asistió á las ceremonias que siguieron á su nacimiento. La Reina de las hadas naturalmente era generosa y espléndida, y no habia de olvidarse de hacer á su ahijado un presente digno de su grandiosa mnnificencia. En efecto, le otorgó el don especial que á ningun otro mortal se le ha otorgado de que alcanzára todas cuantas riquezas, honores y satisfacciones deseára, en la seguridad de que si sabía aprovecharse de tan especial distincion, Gerib llegaria á ser el mortal más dichoso de la tierra.

Ya veis si el afortunado niño tenía medios para ser verdaderamente feliz. Su padre, que era un sabio, le dió una educacion la más esmerada, buscándole los más acreditados maestros, de manera que Gerib, si hubiera que-

rido, habría sido el hombre más sabio del universo, como que no tenía más que desearlo para aprovechar sin gran esfuerzo todas las enseñanzas de sus maestros. Pero no le llevaban por ese camino sus inclinaciones, y eso que su padre no le escaseaba los más prudentes consejos y exhortaciones. El joven musulmán se contentó con ser un hombre instruido, particularmente en las artes y en aquellas materias que pueden hacer brillar á una persona á los ojos de la sociedad. Tocaba con perfección algunos instrumentos, cantaba de una manera inimitable, pintaba con mucha maestría, en montar un fogoso alazan no había quien le aventajase, y en el manejo de las armas vencía á los más diestros. En cuanto á la historia, que es una ciencia de tanta utilidad, sólo tenía una ligera noción, la suficiente para no hacer un mal papel entre personas de mediana ilustración. De los estudios de la geografía, de la física, de la astronomía y demás ciencias naturales no hizo el mayor aprecio, porque le parecían ciencias áridas y enojosas, de las cuales no había de necesitar un hombre que como él podría ser tan rico y poderoso como deseára.

No hay que hablar de los estudios metafísicos y morales; en ellos apenas quiso ocuparse, por más que su virtuoso padre se los recomendaba. Murió éste bendecido y llorado por todos cuantos le conocían, y aunque su hijo hubiese querido volverle á la vida, la Reina de las hadas, á quien recurrió exponiéndole su deseo, le mani-

festó que lo único que está vedado á los genios más poderosos es prolongar la vida de los mortales más allá del límite fatal que la eterna sabiduría le ha marcado. Todas las criaturas, le dijo, deben morir por una ley inmutable, y ésta no hay poder alguno más que el de Dios que pueda quebrantarla. «Pídeme todo lo que quieras en no siendo prolongar por un solo minuto la vida de un sér que haya llegado á su límite.»

Gerib se resignó en vista de que no era posible resucitar á su padre, y aunque éste le había dejado una posición muy holgada y bienes suficientes para vivir rodeado de comodidades, le pareció que todo esto era una miseria, y llamando á su protectora, le dijo:—Quiero ser muy rico, hasta el punto de que mis riquezas causen la envidia de los más opulentos. Traedme, mi querida madrina, cien fanegas de cequíes de oro.

La Reina de las hadas le dió gusto sin replicar: Gerib vió una de las habitaciones de su casa completamente llena con un gran montón de monedas de oro, que de seguro ni el tesoro del Califa de Córdoba, con ser un monarca tan opulento, se le podía comparar. Viéndose con tanto dinero Gerib, llamó á los mejores arquitectos y les mandó construir un magnífico palacio, en el cual estuvieron ocupados dos mil trabajadores por espacio de dos años; era una maravilla de suntuosidad y elegancia; hasta los gruesos clavos que aseguraban las puertas eran de plata, y las celosías de las ventanas de

oro. Le hizo rodear Gerib de bellísimos jardines, que sólo verlos era una delicia; hizo comprar para su palacio los más suntuosos muebles de maderas preciosísimas, con incrustaciones de oro y nácar, y las más ricas alfombras que se tejían en la Persia con finísima seda. Para su servicio compró doscientos esclavos, y además jóvenes esclavas que tocaban con maestría todo género de instrumentos de música, y cantaban con dulcísima voz.

En su mesa se servían los manjares más delicados en grandísima abundancia, y los mejores vinos de la tierra; siempre tenía alegres convidados que á cambio de su generosa hospitalidad procuraban alegrarle con sus agudos dichos y bulliciosa zambra. No había en Córdoba caballos como los suyos, y tened en cuenta, apreciables lectores, que Córdoba ha sido siempre afamada por sus caballos, que no conocen rivales en el mundo. Para acabar en pocas palabras, de cuantas comodidades y placeres cabe imaginar, nada absolutamente faltaba á Gerib en su maravilloso palacio; y era tal la fama de su suntuosidad, que el mismo Califa se disfrazó un día y se presentó en él como pasajero que pedía hospitalidad, para poder ver las maravillas que en él atesoraba.

¿Creeréis que por esto Gerib se consideró dichoso? Pues os equivocáis; todavía no llenaban su deseo tanta opulencia y tanto fausto; todavía creyó que le faltaba mucho para ser feliz

—Todas estas riquezas no me bastan, dijo, ni llenan mi ambición; además de ser inmensamente rico, quisiera ser á la vez poderoso y temido como los más grandes de la tierra.

La Reina de las hadas, que se había obligado á satisfacer todos sus deseos, se apresuró á colmar su ambición de grandezas y honores. El magnífico Califa de Córdoba, que el día que había ido á visitar á Gerib quedó prendado no tanto de sus riquezas como de su talento, le llamó á su palacio y le nombró su visir, que es lo mismo que decir su ministro, le colmó de honores y distinciones, le hizo, por último, depositario de toda su confianza, le llevaba siempre á su lado, y, en una palabra, fué su primer favorito y en nombre del monarca gobernaba á su antojo los estados del califato de Córdoba, que era por entónces una de las monarquías más poderosas de la tierra, como que no solamente se extendía por casi toda España, sino que abarcaba infinidad de provincias de África. A su paso millares de súbditos humillaban la cabeza tocando con la frente el suelo, servidores sin cuento le precedían, y una brillante escolta de guerreros, cubiertos de acero bruñido, le daba siempre guardia de honor.

Todavía el gran visir no se dió por contento.

—¿Qué satisfaccion me proporcionaba tanto poder? se preguntaba: me inspiran aversion y repugnancia tantos millares de siervos como tiem-

blan en mi presencia, y más aún la innumerable córte que me persigue con sus vergonzosas adulaciones, creyendo halagar con ellas mis oídos, cuando, por el contrario, me incomodan y me causan tédio. Buenas ó malas, tódas mis acciones merecen los más exagerados encomios; no

puedo mover los labios sin que todos me aplaudan, ni mandar la cosa más insignificante sin que la fama se deshaga en elogios de mi sabiduría. — ¡Oh! ¡Qué desdichada suerte la de los poderosos!

P. D. MONTES.

(*Se continuará.*)

EL FANFARRON.

FÁBULA DE FENELON.

Una liebre, avergonzada
De su falta de valor,
Para mostrarse aguerrida
Buscando estaba ocasion.
Tenía cerca del pueblo
Una huerta un labrador,
Y por un vallado roto
Atrevida se escurrió,
Quedándose agazapada
Á la sombra de una col
Para acostumbrarse al ruido
Que hay en toda poblacion;
Muy cerca de ella ladraron
Los mastines, ¡qué valor!
Y aunque temblaba de miedo,
Del sitio no se movió.
Al volver despues al soto,
Juzgaba su expedicion
Más grande que los trabajos
Que el mismo Alcides sufrió;
Se dice que á sus vecinas
Las liebres de aquel *canton*
Les contaba sus proezas;
Y al efecto apareció
Coronada de laureles,
Esperando una ovacion;
Los peligros presentaba
Que con su audacia corrió,
La alarma del enemigo,

Su intrépida decision,
Y su astucia, que en la guerra
La victoria conquistó;
Y daba á Marte y Belona
Las gracias por el valor
Con que domar esperaba
Las naciones á su voz.

Juan Conejo, que la oia,
La dijo en tono burlon:
« Mi amiga, verte quisiera
Con esa fiereza atroz
Enfrente de los lebreles
Ó de un galgo corredor;
Hércules, el invencible,
Al verte huyera veloz.
— Es claro, dice la liebre
Empuñando el espadon;
Si sobre mí viene toda
La raza canina, yo
Haré frente al enemigo
Con mi esfuerzo superior. »

Cuando esta bravata dice,
Allá á lo léjos se oyó
Ladrar un perro que daba
Las vueltas á un asador;
Tiembla de miedo, se anuda
En su garganta la voz,
Sus ojos se turban como
Los de París cuando vió

Acercarse á Menelao
Para atacarle feroz ;
Y corriendo por el valle
Ciega se precipitó

Cayendo dentro del rio
Desde lo alto de un peñon.
En su madriguera oculto,
Juan Conejo así exclamó:



« ¡Hé aquí el rayo de la guerra !
¡ Al Hércules fanfarron
Que quiso purgar el mundo
Con su mentido valor ! »

*No presumais de valientes,
Pues muchos conozco yo
Que son fanfarrones como
La liebre, de Fenelon.*

T. GUERRERO.